



Amanda Pedrozo



Extremos

-Si usted se pone el cepillo en la boca, don Miguel, verá como el dentífrico se desliza sobre sus dientes sin que le vengán esos dolores de los que me está hablando. Inténtelo. No me diga que no. Usted sabe que no me muevo de acá hasta que lo haga. Mire, si quiere se lo muestro. Así... ¿se da cuenta? Pero después continúa solo. Sí señor, así. ¿Vio? Ahora tire el agua y lávese la boca -un charco de sangre mancha el lavatorio.

-Las arcadas se van a ir apenas volvamos a la cama. A ver, el brazo aquí, en mi cuello. Uno, dos, ya llegamos. Ahora se me arropa y se me queda quietecito. ¿Está cómodo? No, espere. Mueva la cabeza hacia su izquierda y así le saco esta almohada que le debe estar molestando. Despacio. ¿Está mejor?

La habitación es la última de un largo pasillo mal clareado por una fila de fluorescentes manchados de bichos. El número del Seguro los llevó hasta allí.

-Don Miguel desearía tanto una ventana -rogó el día que llegaron hasta el Hospital Mayor con la orden de internación.

-¿Qué quiere que haga? Esa habitación es la que pueden pagar -fue la respuesta que un joven, sin mirarla, le dio.

-¿Sabe don Miguel? Usted no está bien ahora, pero tampoco yo lo estuve cuando lo de la úlcera. ¿Se acuerda? Y me recuperé. Usted me dio de tomar todos esos medicamentos que el doctor Calabresi me recetó, y me cuidó el jardín. Ahora me lo está mirando doña Norita. ¿La ubica? A usted nunca le gustó, pero ya ve cómo se ofreció solita cuando supo de su enfermedad. Ahora duérmase, don Miguel, que yo pondré mi cabeza aquí, a su lado, y le cuidaré ese sueño que buena falta le hace. [126]

Los dolores aparecieron en el otoño. Miguel Orduñez tenía 68 años y comenzaba a pensar en la muerte.

-¿Usted cree que estoy viejo, doña Clarita? -preguntó una noche. La habitación olía a gardenias-. Sé que está despierta, doña Clarita. No se haga la zonga que puedo sentir sus ojos abiertos.

-¿Cómo puede sentirlos, si no los ve? No diga mentiras, don Miguel.

-No son mentiras. Hace mucho que en esta habitación dejaron de pasar cosas que yo no sepa.

-Si usted es viejo, yo lo soy más. ¿O se olvida que tengo también 68, y que las mujeres envejecemos más pronto que los hombres?

-¿Quién le dijo esa tontera, doña Clarita?

-Usted, don Miguel.

La luz de una estrella se metió por la ventana. La sábana bordada de encajes se cuadruló con la sombra del enrejado. La pareja se acurrucó, en un solo bulto, sobre la cama.

-No estoy preparado para dejar este mundo, doña Clarita. Hay cosas de la muerte que no podría soportar.

-Si no se duerme ahora mismo, mañana se quedará sin sus buñuelos de banana. Y estoy hablando en serio, don Miguel.

Decidieron vivir juntos para sorpresa de quienes los conocían -pocos-, a la edad de 52 años. Clarita había quedado viuda después de un matrimonio de 30 años, con una hipoteca que no podía pagar y dos hijos que tampoco se ofrecieron a hacerlo.

Cuando perdió la propiedad, la pensión que recibió le permitió alquilarse una casita dos barrios abajo. Así conoció, una tarde perfumada de setiembre, a Miguel Orduñez, su vecino de enfrente. Él le habló de los algarrobos.

-Es como nosotros -le dijo.

Estaban sentados frente al humo de un mate, en la cocina. Por la puerta entreabierta asomaba la sombra de un crisantemo. Un camino de piedras recorría el patio convertido en pequeño invernadero de flores, crotos y hojas de vista. [127]

Miguel Orduñez habló, y ella, sin cerrar los ojos, imaginó sus palabras. «Podría crecer en cualquier lugar, pero muere por voluntad en suelo duro. Prefiere la orilla de los caminos a un patio, y florece, uno se imagina por qué, no en las ramas jóvenes sino en la leña vieja, en las rajadas que con su tronco va haciendo los años».

No se casaron porque ella no quiso. «A nuestra edad esas cosas no importan», dijo, y él se convenció de que esa mujer debía ser suya.

-Shhhhhh... Hay un ave en su ventana, don Miguel. ¿Escucha sus alas? Una vez usted habló de los pájaros. Dijo que cuando la oscuridad los toma en vuelo, ellos esperan a la luna para que la noche amanezca. No sé lo que habrá querido significar, don Miguel, porque usted siempre tuvo esa doble intención de las cosas, pero ya vio como no lo olvido. -La mujer calló. Sus ojos reposaron en el color pálido de la pared del hospital.

Era el cigarrillo. Eso dijo el doctor Calabresi cuando fue a verlo a la casa después de un ataque de tos. No recetó nada. Escribió un nombre en un papel, y lo dejó sobre la mesa.

-Abajó está la dirección -dijo y agregó algo acerca de que no era grave, pero que habría que actuar con rapidez.

Él busco sus manos antes que sus ojos.

-No se preocupe, doña Clarita. No volveré a meter un cigarro en la boca -prometió y se la llevó al dormitorio. La hizo sentar en el borde de la cama, junto a él, y dejó que el atardecer los borre con sus primeras manchas.

El último verano en la casa se quedaron viendo el vuelo en cruz de los alguaciles sobre el círculo de las enredaderas. «¿Por qué le gustan esos bichos, don Miguel?», le preguntó mientras terminaba de cebarle un tecito de miel. Eran las cinco de la tarde y las persianas de la cocina, hechas un ovillo alargado, se extendían sobre el travesaño de la puerta. «Me hacen creer en Dios», dijo él.

El invierno se disolvía en luces y aires tibios cuando las hemorragias comenzaron. Una mañana Miguel Orduñez no pudo respirar. Extendió el brazo hasta la lámpara. No llegó. Un dolor dulce lo paralizó. Volvió a dormirse. La voz de su mujer estaba en su sueño.

[128]

Despertó dolorido y en un cuarto de hospital. El doctor Calabresi le sonreía desde el extremo de la cama. «Doña Clarita, usted no debió darle el gusto a este sujeto», protestó. Estuvo dos días y lo mandaron a casa con la promesa de tenerlo bajo tratamiento.

-Don Miguel, ¿por qué me eligió?

-Aquí vamos...

-En serio, don Miguel. Yo nunca le pregunté. Necesito que usted me diga.

Pasaron dos meses desde el primer ataque. Miguel Orduñez recobró el color en el rostro y su lugar en los quehaceres de la casa. Justo a tiempo. La época de poda comenzaba y la pareja reposaba del recorte de los geranios.

-Dígame exactamente qué quiere saber, doña Clarita.

-Por qué quiso compartir su vida conmigo.

-¿Y por qué no?

-Sino quiere, no responda, pero no se escape de la pregunta.

-No se enoje, doña Clarita. ¿En serio lo quiere saber?

-Usted sabe que sí.

-Mire, doña Clarita, a nuestra edad no existen casualidades. Usted encuentra a un amigo a quien no ve desde la escuela, y sabe que será su última vez. Es una despedida. O abre un libro que le había gustado a los 30, pasa sus dedos sobre las letras y siente que el pecho le aprieta. Ese momento no volverá a repetirse. Una noche camina por la misma calle de hace 40 años, pero esta vez se detiene a mirar la luna. Esa imagen la acompañará hasta el final de sus días. Usted conoce, doña Clarita, a una mujer. Se pone los zapatos a la mañana siguiente y piensa en ella. Después del desayuno la sale a buscar. No habrá otra oportunidad de ser feliz. Usted la ama, y le da gracias a Dios por sus ojos que como un estanque, le refrescan el rostro, el pecho, las manos, al llegar a casa.

Veinte días después Miguel Orduñez se levantó a las 4 de la madrugada y se vistió en la penumbra. Cuando terminó de ponerse las medias, cayó sobre la alfombra. Una ambulancia lo llevó inconsciente al Hospital Mayor. A su lado, su mujer rezaba.

-Doctor Calabresi, si tan sólo pudiésemos conseguir una habitación con ventana. Es tan importante para él... [129]

-Imposible, doña Clarita. Usted escuchó al encargado de admisión. Quédese tranquila. Él la necesita más que nunca.

Estuvo dormido por 17 horas. Cuando despertó, no pudo hablar.

-¿Escucha, don Miguel? Está lloviendo. Ya se habrá dado cuenta por el ruido de las canaletas. Si usted pudiese lo llevaría hasta su ventana para mostrarle cómo picotea el agua sobre la tierra. Usted me dijo que eso hacían. ¿Lo recuerda? Fue la primera noche que dormimos juntos. Me llevó hasta la cocina y con una linterna me mostró cómo llovía en el patio. Usted estaba feliz. Su beso siempre me recordó esa lluvia.

Durante un mes -entraba noviembre- doña Clarita lo obligó a tomarse el desayuno todas las mañanas, a lavarse la cara, a prenderse los botones de la camisa, a caminar hasta el baño y a besarla antes de las medicinas. Miguel Orduñez falleció una tarde sin saber que lo estaba haciendo. A su lado, su mujer también cerró los ojos. Una inmensa paz llenó sus espíritus.

-Miguel Orduñez, gracias por haber compartido su vida conmigo. Gracias por haberme dado amor, por recibir mi amor. Gracias por su alegría, por su pensamiento, por su compañía. Muy pronto me reuniré con usted. Mientras tanto, mi amor lo acompaña.

Eran las ocho de la noche de un domingo. Excepto la lluvia, el hospital estaba en silencio. La mujer se levantó de la silla, caminó hasta la puerta y la abrió. Vestía un pantalón de lanilla gris, pantuflas, camisa de franela con florecitas amarillas. Llevaba el pelo corto y canoso. Unas gafas con armazones metálicos le cubrían gran parte del rostro. Caminaba un poco encorvada y tenía las manos hinchadas por la artritis. Lloraba. Suavemente. Detrás de ella, el bulto de la noche crecía sin atreverse a tocarla.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

